

Traducción de
MARIANA SAÚL

Con la colaboración de
FLORENCIA GIMÉNEZ ZAPIOLA

ALAIN BADIOU

PEQUEÑO PANTEÓN PORTÁTIL

Althusser, Borreil, Canguilhem,
Cavaillès, G. Châtelet, Deleuze,
Derrida, Foucault, Hyppolite,
Lacan, Lacoue-Labarthe,
Lyotard, F. Proust, Sartre



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2008
Primera edición en español, 2009

Badiou, Alain

Pequeño panteón portátil : Althusser, Borreil, Canguilhem, Cavallès, G. Châtelet, Deleuze, Derrida, Foucault, Hyppolite, Lacan, Lacoue-Labarthe, Lyotard, F. Proust, Sartre - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2009.

174 p. ; 17x11 cm. - (Popular)

Traducido por: Mariana Saúl

ISBN 978-950-557-815-3

1. Filosofía Moderna. I. Saúl, Mariana, trad.

CDD 190

Diseño de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Petit panthéon portatif*. Althusser, Borreil, Canguilhem, Cavallès, G. Châtelet, Deleuze, Derrida, Foucault, Hyppolite, Lacan, Lacoue-Labarthe, Lyotard, F. Proust, Sartre

ISBN de la edición original: 978-2-91-337271-9

© 2008, La Fabrique-Éditions

D.R. © 2009, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Av. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-815-3

Comentarios y sugerencias:
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Apertura</i>	9
Jacques Lacan (1901-1981).....	15
Georges Canguilhem (1904-1995) y Jean Cavallès (1903-1944).....	19
Jean-Paul Sartre (1905-1980).....	27
Jean Hyppolite (1907-1968).....	45
Louis Althusser (1918-1990).....	59
Jean-François Lyotard (1924-1998).....	87
Gilles Deleuze (1925-1995).....	105
Michel Foucault (1926-1984).....	111
Jacques Derrida (1930-2004).....	117
Jean Borreil (1938-1992).....	133
Philippe Lacoue-Labarthe (1940-2007).....	143
Gilles Châtelet (1945-1999).....	151
Françoise Proust (1947-1998).....	163
<i>Origen de los textos</i>	169

El orden de los trabajos corresponde a la fecha de nacimiento de los autores.

APERTURA

EL PRIMER TÍTULO que había pensado para esta serie de homenajes a filósofos franceses ya fallecidos era “Oraciones fúnebres”. Es un título que, si bien no es alegre, cubre una historia literaria famosa. Pero es inexacto. Porque mi sentimiento, cada vez que hablo de estos amigos, estos enemigos, estos compañeros de un juego complicado que fueron los filósofos que acompañaron mi vida, mis lecturas, mis conflictos y mis entusiasmos, ese sentimiento no es el de Bossuet, inmenso escritor pero al servicio del Poder. No puedo seguir la dirección que impone la plegaria, el ejemplo o siquiera el juicio. Por eso, cuando Eric Hazan me propuso el título actual, lo acepté casi sin pensar, sobre todo porque me parecía estimulante y alejado de la muerte. Porque yo sostengo que la muerte no debe interesarnos, y la depresión tampoco. Si para algo sirve la filosofía es para alejar de nosotros el cáliz de las pasiones tristes, para enseñarnos que la piedad no es una emoción leal, ni la queja una razón para tener razón, ni la víctima aquello a partir de lo cual debemos pensar. Por un lado, como lo establece de una vez por todas el gesto platónico, es en lo Verdadero –declinado si hace falta como lo Bello o como el Bien– donde se origina toda pasión y toda creación con pretensión universal. Por otro lado, el animal humano, como lo sabe Rousseau, es esencialmen-

te bueno; cuando no lo es, es porque alguna causa exterior lo obliga a ello, causa que debe ser detectada, combatida y destruida lo antes posible, sin la menor vacilación. Los que pretenden que el animal humano es maligno sólo quieren domesticarlo para convertirlo en un asalariado sombrío y un consumidor deprimido al servicio de la circulación de capitales. Capaz de crear en diversos mundos verdades eternas, el hombre lleva en sí el ángel con el cual las religiones pretendían embaucarlo. Eso es lo que enseña, desde siempre, la filosofía propiamente dicha. Para que ese ángel interior se declare, hay que sostener un principio, una máxima –finalmente siempre la misma– bajo una gran variedad de formas. Elijamos la de Mao: “Desechar las ilusiones, prepararse para la lucha”. Sostener lo verdadero contra lo ilusorio y, cualesquiera sean las circunstancias, combatir antes que rendirse; no veo que una verdadera filosofía –como la de los catorce cuyos nombres alberga mi pequeño panteón– pueda desear otra cosa.

El punto es que hoy, con el nombre de “filosofía”, intentan imponernos una máxima ciertamente opuesta, que se expresaría así: “Cultivar las ilusiones, prepararse para capitular”. Hemos visto surgir revistas en las cuales la “filosofía” se parece a la fitoterapia o a la eutanasia de los entusiastas. Filosofar sería una pequeña parte de un vasto programa: estar en forma, eficaz pero relajado. Hemos oído a “filósofos” declarar que, ya que el Bien es inaccesible, incluso criminal, hay que contentarse con luchar palmo a palmo –y sobre todo codo a codo con nuestros amigos yanquis– contra diversas formas del Mal, cuyo nombre común, si se mira de cerca, no es otro que “árabe”,

o “Islam” o, si no, “comunismo”. Hemos visto resucitar los “valores”, de los cuales habíamos logrado desembarazarnos con la ayuda eterna de la filosofía, como la obediencia (a los contratos comerciales), la modestia (ante la arrogancia de los histriones de la tele), el realismo (son necesarias las ganancias y las desigualdades), el egoísmo absoluto (bautizado “individualismo moderno”), la superioridad colonial (los buenos demócratas de Occidente contra los malvados déspotas del Sur), la hostilidad al pensamiento vivo (todas las opiniones deben tomarse en cuenta), el culto al número (la mayoría siempre es legítima), el milenarismo estúpido (ya mismo bajo mis pies el planeta se está calentando), la religión vacía (tiene que existir Algo...) y aquí me detengo; ya muchos “filósofos” y “filosofías” no se detienen y, por el contrario, se empeñan en infectarnos con esas cosas mediante articulillos, debates, tapas rimbombantes (“La ética de las *stock-options*: los filósofos toman la palabra”) y mesas redondas endiabladas (“Los filósofos, entre la tanga y el velo”). Esta prostitución permanente de las palabras “filósofo” y “filosofía” –prostitución que enseguida señaló Deleuze y cuyo origen, recordemos, fue la producción puramente mediática del sintagma “nuevos filósofos” a partir de 1976– termina resultando agobiante. Tal como van las cosas, ya no serán solamente los cafés los que se declararán “filosóficos” (qué invención tristísima, que la expresión “café filosófico” sea la sucesora de la “charla de café”, como hasta hace poco se identificaban las conversaciones estereotipadas). Al final, terminaremos penetrando con gran pompa en filosóficos *toilettes*.

Entonces, sí, conviene recordar qué es un filósofo. Recordarlo mediante el ejemplo de aquellos que en Francia (donde fueron más numerosos que en otros sitios) asumieron el alcance de ese vocablo en las últimas décadas. Hay que pedirles auxilio a ellos para limpiar y volver a sacarles lustre a las palabras en cuyo nombre, dificultosamente, y con una gran tensión del pensamiento, han propuesto aceptar incondicionalmente que hay que encontrar al menos una Idea verdadera y nunca ceder sobre sus consecuencias, aun cuando, como dice Mallarmé a propósito de Igitur, ese acto que nadie reclama sea “perfectamente absurdo, [salvo porque] el Infinito está al fin *fijado*”.

En suma, convoco a mis amigos, los filósofos ya desaparecidos, como testigos de cargo en el juicio que el Infinito entabla contra los falsificadores. Ellos vienen a decir, a través de la voz que pronuncia su elogio, que el imperativo del materialismo democrático contemporáneo, “Vive sin Idea”, es a la vez vil e inconsistente.

Estos textos tienen formas y destinos muy diferentes. Se trata en todos los casos de homenajes rendidos a grandes espíritus, a menudo en ocasión de su desaparición, o de un aniversario de esa desaparición, o de un coloquio dedicado a ellos. Pero estos homenajes van desde el artículo breve a la larga meditación, y esa diferencia no tiene aquí ningún tipo de sentido jerárquico. Por lo demás, las últimas páginas, “Origen de los textos”, indican no sólo la fecha y la procedencia de estos pequeños escritos, sino también algunos datos complementarios sobre mi relación intelectual con los filósofos de los que hablo.

Aunque algunos fueron maestros de mi juventud, de ninguno de ellos diría hoy que lo sigo sin reservas en su construcción. A algunos estuve ligado por una amistad, con otros tuve algunas querellas. Pero estoy feliz de decir aquí que, frente a los brebajes que hoy nos quieren hacer tragar, a estos catorce filósofos muertos, bueno, los quiero a todos. Sí, los quiero.

JACQUES LACAN (1901-1981)

EL QUE ACABA DE MORIR era tanto más grande cuanto que la grandeza es infrecuente, muy infrecuente, en estos parajes inciertos. Lo han dejado muy claro los medios, cuyo objetivo es, en todos los casos, alinear lo que existe en la prosa fugaz y limitada del periodismo. En todas partes se ha dado la palabra a los adversarios declarados o a los hurgadores de basura.

De todos modos, es un signo de la barbarie de nuestras sociedades que ni la muerte misma haya acallado la envidia. Cuántos minúsculos psicoanalistas, cuántos gacetilleros de poca monta lanzaron el grito mezquino: “¡Por fin se murió el que me molestaba! ¡Préstense atención que aquí estoy yo!”.

De hecho, desde el principio Lacan emprendió la guerra contra la consistencia ilusoria del “Yo”. Contra el psicoanálisis estadounidense de los años cincuenta, que se proponía “reforzar el yo” y así adaptar la gente al consenso social, Lacan planteaba que el sujeto, determinado simbólicamente por el lenguaje, es irreduciblemente un sujeto del deseo y, como tal, inadaptable a la realidad, salvo en el imaginario.

Lacan establece, en efecto, que la causa del deseo es un objeto perdido, faltante, y que por eso el deseo, articu-

lado bajo la ley simbólica, no tiene sustancia ni naturaleza. Sólo tiene una verdad.

Esta visión particularmente áspera del psicoanálisis, donde lo que está en juego no es el bienestar sino la verdad, se materializaba en la práctica de sesiones de cura a veces muy cortas. El papel crucial y nulo de los psicoanalistas es hacer brillar –fulgor subjetivo– el significante de un corte [*coupure*] por donde transita la verdad del deseo, mientras que el psicoanalista debe consentir en no ser más que el residuo de ese trabajo.

La práctica de sesiones cortas polarizó contra Lacan lo que en realidad era un verdadero odio a la verdad. Esa práctica le valió literalmente la excomunió de la Internacional de los psicoanalistas. Su necesidad de organizar la transmisión de su pensamiento y de formar analistas de acuerdo con lo que él consideraba la ética de su práctica lo condujo a fundar su propia escuela. Pero incluso allí hubo escisiones y disoluciones que dieron cuenta de una encarnizada resistencia a sostener hasta el final la posición severa que él promovía.

Empezó a estar bien visto afirmar que a partir de los setenta Lacan, ya mayor, no transmitía nada que valiera la pena. En nuestra opinión, ocurre todo lo contrario. El último esfuerzo de Lacan, después de haber deplorado la teoría de la servidumbre [*asservissement*] del sujeto a la regla significante, era llevar lo más lejos posible la investigación de su relación con lo real. Las reglas del significante no alcanzaban. De alguna manera, hacía falta una geometría del inconsciente, una nueva figuración de las tres instancias en que el efecto-sujeto se despliega

(Simbólico, Imaginario, Real). El recurso de Lacan a la topología era una exigencia interna de una etapa nueva en su pensamiento, donde quedaba de manifiesto su materialismo innato.

Lacan sostenía que la política no afectaba lo real. Decía que “lo social es siempre una herida”. Sin embargo, ocurre que la dialéctica del sujeto que él propuso es un recurso obligado, incluso para el marxismo en crisis. En efecto, es claro que el fiasco de los partidos-Estados surgidos de la III Internacional abre una interrogación radical en cuanto a la esencia del sujeto político. Ahora bien: ni el sujeto concebido como conciencia (tesis de Sartre), ni el sujeto concebido como sustancia natural pueden convenir. Por cierto, sólo a través del sujeto a la vez dividido y errante –ese sobre el cual Lacan teoriza, según su ley– pueden superarse los escollos anteriores. Pues ese sujeto procede de una ruptura, y no de la idea de que representa una realidad, aunque sea la de la clase obrera. Para un marxista francés de hoy, Lacan funciona como funcionaba Hegel para un revolucionario alemán de 1840.

En la situación de mediocridad y de relativo declive de los intelectuales, la muerte de Lacan, luego de la de Sartre, no resuelve nada. Esperábamos atentamente lo que aún tenía para decir. Además del contenido de sus enseñanzas, había en él una ética del pensamiento que hoy resulta completamente inusual.

Sin duda, *Le Perroquet* volverá a abordar el alcance apenas mensurable de esa ética. En principio, se trata de rendirle homenaje, sin restricciones ni presunciones, a aquel que ya no está.